

# El igualitarismo democrático moderno como triunfo de la moral cristiano-nihilista en F. Nietzsche

Verónica Rosillo Pelayo\*

## 1. INTRODUCCIÓN

En esta comunicación pretendo un acercamiento a la cuestión del igualitarismo moderno característico de la Europa democrática. A este respecto, y en relación al diagnóstico nietzscheano de la decadencia propia de la modernidad, el objetivo que se persigue es del tratamiento del fenómeno generalizado de la igualdad en su dimensión política. En este contexto, nos tendremos, por un lado, en la consideración de dicho ideal para tratar de dilucidar cuál es la esencia que lo conforma; mientras que, por otro, procuraremos ofrecer un dibujo general acerca de los motivos de su descomunal éxito en la modernidad. Asimismo, pretendemos cavilar acerca de la «sospechosa» similitud que Nietzsche encuentra entre los reclamos igualitaristas propios de la Europa moderna y los valores característicos de la moral cristiano-nihilista. Se tratará, en resumidas cuentas, de poner de relieve el hecho de que este valor —presentado en la Europa moderna bajo un signo eminentemente político— no es, en su fondo, sino uno de los valores propios de la estructura de poder de la Moral cristiano-nihilista. Un valor religioso que ha conseguido su liderazgo entre la masa europea, a través de un proceso de secularización que lo ha insertado, entre otros, en el marco político.

## 2. EL IGUALITARISMO DEMOCRÁTICO MODERNO

La sociedad y la cultura modernas presentan, desde la óptica nietzscheana, un cuadro clínico innegablemente decadente. Una época en la que la tendencia preponderante es la de la afirmación de la enfermedad y la protección de los enfermos y desamparados como fruto del triunfo de los ideales altruistas que la Europa moderna abandera<sup>1</sup>. A este respecto, el siglo XIX supone,

---

\* Universidad de Castilla-La Mancha. Veronica.rosillo@uclm.es

<sup>1</sup> Cf. F. NIETZSCHE: *La voluntad de poder* Madrid, Edad, 2003, p. 77, nº 63 [Traducción de A. Froufe y prólogo de D. Castrillo]

para Nietzsche, el avance del pensamiento «vulgar», esclavo y democrático, en la medida en que la masa igualada comienza a adquirir importancia y reconocimiento mediante el desarrollo de tendencias igualitaristas o altruistas —de corte democrático— que persiguen la «supresión natural» de todo aquello que sobresalga por encima de la masa igualada<sup>2</sup>. Dicha tendencia se manifiesta en todas las esferas sociales; una serie de ámbitos a los cuales haremos referencia brevemente, para posteriormente pasar a centrarnos en el que verdaderamente ocupa nuestro estudio: el marco de lo político. Por citar algunas de estas dimensiones, por ejemplo, dentro del campo científico-tecnológico, Nietzsche denuncia la glorificación moderna del trabajo industrial. Una actividad impersonal fruto del desarrollo científico-tecnológico que es hijo de la Revolución Industrial. La exaltación del trabajo impersonal es, tal como denuncia Nietzsche, una de las más valoradas no sólo por los beneficios económicos que genera, sino también en la esfera de lo comercial y, en definitiva, en el desarrollo del sistema capitalista, cuyo objetivo es el de la aglutinación de la masa para su posterior control o manipulación. En este contexto, es en el que Nietzsche denuncia que el espíritu científico avanza unido, cada vez más, a un sentimiento de igualdad democrático que rechaza cualquier forma de jerarquización como al peor de sus enemigos<sup>3</sup>. A este respecto, la tecnología como aplicación práctica de la ciencia persigue también este mismo objetivo, pues facilita el progreso de la Humanidad en su conjunto a través de la nivelación de las deficiencias de cada individuo. La misma situación se da, por ejemplo, en ámbitos como el de la educación y la cultura. Dentro de este frente los ataques se dirigen entre otros a la persona de Rousseau. Para Nietzsche, la figura de éste es sinónimo de decadencia. Rousseau es, para este pensador, el representante moderno de Sócrates, pues al igual que él, pretende eliminar el mal del mundo mediante la implantación de la educación generalizada y la creación de instituciones que garanticen la igualdad, al mismo tiempo que aboga por la inclusión de la masa en los asuntos públicos —iniciativa que tiene su origen en la doctrina socrática— y que desde la perspectiva nietzscheana no supone sino la confirmación de la decadencia, pues:

«Educación superior» y gran número son cosas que de antemano se contradicen [...] El hecho de que la educación superior no sea ya un privilegio —el democratismo de la «cultura general» la cual se

---

2 Cf. D. SÁNCHEZ MECA: *El nihilismo. Perspectivas sobre la historia espiritual de Europa*, Síntesis, Madrid, 2004, p. 140.

3 Cf. F. NIETZSCHE: *Fragmentos póstumos sobre política*, Trotta, Madrid, 2004, pp. 43-44, nº 234 [Edición y traducción de J. E. Esteban Enguita]

ha vuelto común [...] nuestras escuelas «superiores», todas ellas, están organizadas para la mediocridad más ambigua»<sup>4</sup>.

A partir de fragmentos como este se explica como, en opinión de Nietzsche, la pretendida ilustración y revolución suponen un retroceso hacia la barbarie y la vulgarización que, finalmente, acaba por destruir la cultura<sup>5</sup> y que garantiza el dominio de los ideales democráticos propios del tipo esclavo.

En esta misma línea, aunque dentro ya del ámbito político, Nietzsche denuncia el desarrollo imparable de corrientes políticas y de pensamiento como el Socialismo, el Comunismo o la Democracia. Un hecho que coincide «sospechosamente» con la progresiva secularización de la Europa moderna y que surge como fruto del desarrollo científico-tecnológico, de la apertura de fronteras no sólo intelectuales, sino también económicas, debido a la instauración de una economía de mercado basada en el comercio de importación-exportación, y, en general, al creciente fenómeno de la globalización que se desata a partir de esta serie de cambios.

Una serie de acontecimientos que, en opinión de este pensador, han de interpretarse dentro de unas coordenadas determinadas. Para Nietzsche toda esta sucesión de cambios socioeconómicos de la Europa moderna se traducen en el desarrollo y apogeo del igualitarismo moderno. Una expansión que se presenta en sociedad bajo un signo eminentemente político, pues es en el desarrollo del Socialismo, Comunismo y en las iniciativas democráticas donde más amplia y exitosamente se puede observar la acogida y el triunfo este ideal. Un valor que los movimientos políticos han sabido encauzar con vistas a una mayor aglutinación de la masa, es decir, de la mayoría, quien, por otra parte, nunca antes había sido tan reconocida. Un programa ideológico, en definitiva, que emplea valores religiosos como herramienta al servicio de una finalidad extrarreligiosa, esto es: el dominio de la masa<sup>6</sup>. Es aquí, donde las doctrinas políticas modernas cumplen con las más íntimas y secretas expectativas del gran número: de la muchedumbre. Una masa que, en este contexto, se ve profundamente reconocida e identificada con estos movimientos políticos.

Este avance descarado de las clases medias y bajas al poder no sirve, en opinión de este pensador, sino para corroborar el apogeo y expansión absoluta del igualitarismo moderno. Las críticas que Nietzsche lanza contra los movi-

---

4 F. NIETZSCHE: *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid, 2004, pp. 87-88, nº 5 [Traducción de A. Sánchez Pascual]

5 Cf. J. E. ESTEBAN ENGUITA: *El joven Nietzsche, política y tragedia*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, pp. 174-176.

6 Cf. V. MASSUH: *Nietzsche y el fin de la religión*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 100.

mientos o doctrinas políticas se centran, prácticamente en su mayoría, en la denuncia de la tendencia igualitarista que es común a todos ellos. No obstante, quizá las dos ideologías políticas más atacadas sean: la democracia liberal y el socialismo, tal como puede observarse en gran parte de los aforismos dedicados a la política.

Para Nietzsche el desarrollo y popularización de este fenómeno constituye una auténtica rebelión de esclavos, es decir, de individuos mediocres con fuerzas reactivas quienes, movidos por el resentimiento frente a los que poseen el poder, reclaman ahora derechos iguales con una codicia desmedida<sup>7</sup>. Por el contrario, desde su perspectiva, la buena constitución de los individuos se fundamenta sobre la base de que la igualdad entre individuos no existe y que toda moral democrática, hasta ahora, no ha pretendido sino entorpecer el desarrollo de individuos fuertes y facilitar la regeneración de inadaptados. Este es el motivo que lleva a Nietzsche a entender los reclamos de igualdad o de humanitarismo como corruptos e innaturales, no sólo en sus metas sino también en sus procedimientos. Por tanto, lo que deja patente el auge de este tipo de iniciativas que exigen una nivelación artificial entre individuos, es simplemente la debilidad de la sociedad moderna y de su cultura, pues su principio básico de igualdad no se corresponde con la irracionalidad del de la vida y su voluntad de dominio<sup>8</sup>. En este contexto, es en el que se toma conciencia del hecho de que movimientos político-sociales, típicos de la modernidad, como el Socialismo o la Democracia, cuyos principales instintos predominantes son los de la compasión y la igualdad, consuman los valores de la moral cristiana<sup>9</sup>, sólo que con una apariencia más laica. Estamos aquí, en suma, ante un proceso de secularización que se convierte en una experiencia legítimamente cristiana, pues se produce una liberación del Dios «fuerte» de la metafísica, pero en su lugar se instaura un proceso de laicización que se convierte en un redescubrimiento del núcleo de la doctrina cristiana, a través del único precepto no secularizable, esto es, la «*Caritas*» universal<sup>10</sup>.

Pero ¿A qué se debe, entonces, el hecho de que el igualitarismo democrático haya alcanzado la supremacía en la modernidad, si es un principio opuesto

7 Cf. G. DELEUZE: *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1986, pp. 190-198 [Traducción de C. Artal]

8 Cf. L. E. SANTIAGO GUERVÓS: «Arte y política: el dionisismo político del joven Nietzsche», en Esteban Enguita Quesada (Coord.): *Política, historia y verdad en la obra de F. Nietzsche*, Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2000, p. 214.

9 Cf. D. SÁNCHEZ MECA: *En torno al superhombre: Nietzsche y la crisis de la modernidad*, Madrid, Tecnos, 2003, p. 235.

10 L. LAISECA: «Nihilismo, fin de la metafísica y secularización en el pensamiento de Nietzsche, Heidegger y Vattimo», en [www.nietzscheana.com.ar/links.htm](http://www.nietzscheana.com.ar/links.htm). Pp. 6-7. (Documento en línea).

a la irracionalidad de la vida que poco entiende de justicia y de democracia? Y, por otro lado, ¿Qué valores se encuentran ocultos tras el descomunal éxito de este ideal? La respuesta a esta encrucijada de interrogantes ha quedado anteriormente esbozada. Todos los ámbitos de la modernidad que al comienzo de este pequeño estudio fueron descritos, incluido el tema que nos ocupa, esto es, el de la política, poseen una raíz común: la defensa de la igualdad de los individuos, que en cada una de las esferas descritas se materializa a través de una serie de acciones, pero que, en síntesis, persigue el mismo objetivo. ¿Cuáles son los motivos de esta victoria, entonces? El hecho de la supremacía del igualitarismo como rasgo de identidad, por excelencia, de nuestro tiempo, puede entenderse como consecuencia de una serie de hechos históricos precedentes, que, a modo de abono, preparan el terreno para el surgimiento de este ideal. Uno de ellos sería el impacto causado por la Ilustración, que apuesta por la salida de la minoría de edad de los seres humanos, a través del conocimiento racional, y la apertura de la educación al pueblo. Un hecho que en el ámbito político-intelectual dio como fruto el desarrollo del enciclopedismo que pretendía acercar la cultura y los derechos sociales al pueblo llano que, hasta entonces, había ocupado un segundo plano. Este fenómeno, unido a otros dos como son: por un lado, la Revolución Francesa hacia finales del siglo XVIII —en la que, por primera vez, se reivindican los derechos fundamentales de los seres humanos— y, por otro, el desarrollo de la llamada «Cuestión social» surgida a partir de las revueltas obreras contra los patronos industriales durante la Revolución Industrial, dieron lugar al nacimiento de movimientos sociales y de pensamiento que se materializaron en teorías, acciones y sistemas políticos tales como, por ejemplo, el Socialismo o el Democratismo que son duramente censurados por Nietzsche en tanto que persiguen el reclamo de derechos iguales entre los individuos.

No obstante, a pesar de que a simple vista el éxito de este ideal parece quedar justificado por esta serie de acontecimientos históricos previos, para Nietzsche el triunfo del igualitarismo moderno, y en definitiva, de la masa o del gran número hay que buscarlo en un ámbito concreto:

«El lento avance y ascenso de las capas medias e inferiores (incluida aquí la clase baja, de cuerpo y espíritu), que ya antes de la Revolución Francesa estaba claramente preludiada y que, aun sin la Revolución, hubiera encontrado igualmente camino hacia delante —la preponderancia, en suma, del rebaño sobre todos los pastores y mansos —, trae consigo [...]

La hipocresía moral (una forma de querer distinguirse por la ética, pero mediante las virtudes del rebaño: compasión, cuidados, moderación [...])

Un verdadero cúmulo de condolencias y satisfacciones compartidas (el bienestar común, en grandes agrupaciones. Como lo tienen todos los animales que se organizan en rebaños [...])<sup>11</sup>.

Tal como si se tratase de un regalo bellamente envuelto, Nietzsche sospecha que tras el precioso papel pintado de la igualdad democrática que defiende la masa se esconde todo un mecanismo que actúa a nivel subterráneo y que manipula todo lo que en la superficie se muestra bajo una máscara inocente. A este respecto, Nietzsche encuentra una extraña similitud o parecido entre los reclamos igualitaristas propios de modernidad, por un lado, y los valores característicos de la «Moral de rebaño» (cristiano-nihilista), por otro. El siguiente fragmento sobre el cristianismo y el socialismo no deja lugar a dudas:

«El Evangelio. La noticia de que la felicidad está abierta a los pobres y los humildes, de que no hay más que hacer que liberarse de las instituciones [...] de las clases superiores; en este sentido, la aparición del cristianismo no es más que la típica doctrina socialista<sup>12</sup>.

En definitiva, lo que Nietzsche pone aquí de manifiesto es el hecho de que la victoria del principio de la igualdad en la modernidad no viene a significar, a la postre, nada más que un nuevo triunfo de la moral que en los últimos dos mil años ha gobernado Europa: la moral cristiana. A este respecto, la novedad consiste aquí en que esta vez, su victoria es menos perceptible a primera vista, pues se lleva a cabo a través de instituciones, programas de actuación etcétera todos ellos de apariencia laica. Este es el caso de movimientos o doctrinas políticas modernas como el socialismo, democracia, comunismo, etcétera. En concreto, lo que opera tras los distintos ámbitos de la modernidad es una estructura de poder común que si no se muestra directamente, si lo hace ocultándose tras la máscara de la política — como es el caso que nos ocupa — o en otros ámbitos de nuestra sociedad como, por ejemplo, los descritos al comienzo de este estudio — cultura y educación, el ámbito de lo científico-tecnológico, etcétera—. Para Nietzsche es necesario vislumbrar:

«La interconexión de todas las formas de corrupción, y, entre ellas, no olvidar la corrupción cristiana (Pascal como tipo), ni la corrupción socialista-comunista (una consecuencia de la cristiana) — la más alta concepción de la sociedad en los socialistas es desde el

11 NIETZSCHE, *La voluntad de poder*, p. 75, nº 60.

12 NIETZSCHE, *La Voluntad de poder*, p. 167, nº 209.

punto de vista de las ciencias físicas y naturales, la más baja en la jerarquía de las sociedades—; ni la corrupción del «más allá» [...] Aquí no puede haber ningún armisticio [...] hay que desenmascarar aún en todas partes la medida cristiano-nihilista de valores y combatirla bajo todos los disfraces en que se esconde»<sup>13</sup>.

A este respecto: ¿Qué es lo que se adivina, por consiguiente, bajo el triunfo de la igualdad? En opinión de Nietzsche, es claro que lo que se oculta tras ella no es otra cosa que la decadencia cristiano-nihilista como síntoma generalizado de la época. Para este pensador, el hombre moderno se nos presenta como un ser decrepito y agotado que evita la lucha y la guerra y que, por el contrario, busca la paz y la tranquilidad. Todo ello como fruto de la implantación gradual, en el transcurso de la historia, de una moralidad de la espiritualidad y la renuncia del propio individuo a sí mismo que ha dado lugar a la expansión de una sola estirpe: la de los hombres débiles<sup>14</sup>.

Un tipo enfermo en el que sus instintos naturales se hallan desproporcionados y faltos de armonía, motivo por el cual este espécimen exige el desarrollo de una ética altruista a todos los niveles sociales, esto es, el desarrollo e implantación de una moral igualitaria que nivele o suavice las diferencias entre individuos. Para Nietzsche:

«que el degenerado y el enfermo («el cristiano») deb[an] tomar el mismo valor que el sano («el pagano») o un valor mayor aún, si nos atenemos al juicio formulado por Pascal sobre la salud y la enfermedad [...] esto es oponerse al curso natural de la evolución haciendo de la contranaturaleza una ley»<sup>15</sup>.

En este contexto es en el que se pone de manifiesto cuál es el motor que impulsa y estimula el desarrollo de la igualdad. Lo que se esconde tras las ansias desmedidas de igualación democrática entre fuertes y débiles no son otros sentimientos que: el odio, la impotencia, el miedo y el recelo ante todo lo distinto o superior a uno mismo, en definitiva: el resentimiento. Este sentimiento de raíz judeo-cristiana es, a la postre, el que opera bajo el rasgo de identidad propio de la Europa moderna: la defensa de la Igualdad. En este punto, la crítica nietzscheana se encuentra especialmente dirigida, entre otros, al ámbito de la política. El siguiente fragmento de Nietzsche ilustra esta idea:

---

13 Ibid. p. 64, nº 51.

14 Cf. NIETZSCHE, *La Voluntad de poder* p. 65, nº 52.

15 Ibid. pp. 190-191, nº 245.

«El socialista, el anarquista, el nihilista; consideran su existencia como algo cuya causa debe ser de alguien, [en el hecho de que] creen también poder soportar mejor su malestar y su mala conformación cuando encuentran a alguien a quien puedan echarle la culpa. El instinto de venganza y del resentimiento aparece aquí, como un medio para soportar la existencia»<sup>16</sup>.

En suma, el predominio y la exaltación del altruismo e igualitarismo son, desde la óptica de Nietzsche, consecuencia directa del predominio de la debilidad y del instinto de venganza en favor de los desamparados, quienes se sirven de este tipo de iniciativas para justificar su falta de poder y la desconfianza en sí mismos<sup>17</sup>. Así, por ejemplo:

«Cuando el socialista anhela con admirable indignación la justicia, el derecho, los derechos iguales, se encuentra bajo la influencia de su deficiente cultura que no sabe comprender las causas de su sentimiento [...] si se encontrase en mejores condiciones, es muy posible que no pensara así»<sup>18</sup>.

Llegados a este punto, fragmentos como éste nos descubren un nuevo aspecto oculto tras la aparentemente inocente defensa de la igualdad que abandera Europa: el culto al igualitarismo moderno es, en este contexto, una forma específica de egoísmo. En concreto, nos referimos aquí al egoísmo de los desfavorecidos, quienes como consecuencia directa del avance y protagonismo de la masa —de las capas medias e inferiores— defienden la debilidad, frente a todo lo superior.

«El instinto de venganza y del resentimiento aparece aquí, en los dos casos, como un medio de soportar la existencia [...] del mismo modo que la preferencia concedida a la teoría y a la práctica altruistas. El odio proveniente del egoísmo, ya sea el que nos es propio (en el cristiano) o el de los demás (el socialista), se presenta así como una valorización en la que predomina la venganza; y considerado desde otro ángulo, como un ardid del espíritu de conservación en los que sufren por el crecimiento de sus sentimientos de mutualidad y reciprocidad»<sup>19</sup>.

---

16 Ibid, p. 262, n° 370.

17 Cf. Ibid. P. 255, n° 352.

18 NIETZSCHE, *La Voluntad de poder*, p. 263, n° 370.

19 Ibid.



Aquí, la masa de los desfavorecidos se encuentra bajo el influjo de dos pasiones cuya raíz más profunda se sitúa en la moral judeo-cristiana. Estas dos pasiones son: el resentimiento y la voluntad de venganza hacia lo diferente a uno mismo<sup>20</sup>. A partir de este tipo de fragmentos se colige, por tanto, que, para Nietzsche, bajo las iniciativas igualitaristas o desinteresadas que propugna la política se esconden: en primer lugar el odio que proviene del egoísmo contra todo lo que representa la superioridad; en segundo lugar, este odio se materializa aquí en el espíritu de la venganza y el resentimiento hacia lo superior, que en el caso del socialismo —y por extensión los demás doctrinas políticas que comparten con él la defensa de la igualdad— se manifiesta como un instinto de conservación que busca soportar la existencia de los desfavorecidos; y en último lugar, como síntesis de los dos anteriores, se deduce que, en suma, la aparición de acciones desinteresadas como el altruismo o el igualitarismo surgen bajo condiciones fisiológicas determinadas, esto es, a partir de la decadencia, la impotencia o la debilidad. En definitiva, todo ello como fruto de la implantación de una moral perversa y manipuladora que, disfrazada, unas veces, de «Buena Nueva» y, otras, bajo la inocente defensa política de la igualdad entre individuos, asegura su dominio en todos los ámbitos de la modernidad.

### 3. CONCLUSIÓN

En base al recorrido realizado en este pequeño estudio, y a modo de colofón me gustaría reseñar que, en primer lugar, el objetivo que se ha perseguido durante esta exposición es el de poner de relieve el fenómeno generalizado de la igualdad en su dimensión política. En este punto, lo que hemos tratado de evidenciar es el hecho de que tras este valor existe todo un dispositivo que responde a una estructura de poder común: la de la Moral cristiana. Una moral que, durante dos milenios, ha sabido adaptarse a los cambios socio-históricos para continuar gobernando, a través de toda una serie de resortes, y engranajes múltiples que han permitido su expansión y su liderazgo, unas veces manifestándose de forma directa, esto es, como fenómeno religioso; y otras tantas, a través de disfraces o máscaras que ocultan su rostro. Este es el caso de la modernidad, en la que Nietzsche advierte que aún a pesar de la progresiva pérdida del sentimiento religioso, las sombras de éste siguen estando vigentes bajo multitud de valores e ideales, como es el caso de la defensa de la igualdad que abandera la política moderna. Un emblema que se presenta bajo un contexto laico, pero que, para Nietzsche, hay que interpretar dentro de las coordenadas la moral cristiano-nihilista de valores. En suma, desde la óptica nietzscheana,

---

<sup>20</sup> Ibid. pp. 263-264.

es claro que, por un lado, la defensa de la igualdad es un valor religioso, que en tiempos de decadencia religiosa, ha conseguido mantener su liderazgo entre la masa, por medio de un proceso de secularización que lo ha insertado, entre otros ámbitos, en el marco de lo político; y por otro, que el surgimiento de valores desinteresados e igualitaristas es tan sólo una consecuencia de la expansión de la estirpe débil fisiológicamente: la cristiana y que bajo estos valores subyacen: en primer lugar, el egoísmo de los débiles que luchan por el reconocimiento de la igualdad; y en segundo lugar, el resentimiento y el espíritu de la venganza contra todo lo superior o distinto de uno mismo.